

Aventuras y desventuras de un boticario francés por tierras extremeñas durante la Guerra de la Independencia

FRANCISCO VICENTE CALLE CALLE

I.E.S. Maestro Gonzalo Korreas (Jaraíz de la Vera)

MARÍA DE LOS ÁNGELES ARIAS

I.E.S. San Martín (Talayuela)

RESUMEN

Este artículo es fundamentalmente la traducción de las páginas que el boticario Sébastien BLAZE dedica en el tomo I de su libro titulado “Mémoires d’un Apothicaire sur la Guerre d’Espagne pendant les années 1808 à 1804”, París, 1828, a describir su paso como prisionero de guerra por tierras de la provincia de Badajoz y de La Raya durante su participación en la Guerra de la Independencia. Su narración, que comparemos con la que en las mismas circunstancias hizo un capitán francés, nos permitirá, no sólo descubrir lo que podemos denominar “los desastres de la guerra”, sino también toda una serie de pequeños detalles “intrahistóricos” que nos acercarán a la manera de pensar, de sentir y de vivir de la sociedad extremeña contemporánea de la invasión napoleónica.

PALABRAS CLAVES: Guerra de la Independencia en Extremadura, Sébastien Blaze, *Mémoires d’un apothicaire*, Coronel Chalbrand, J. J. E. Roy, *Les Français en Espagne*.

RÉSUMÉ

Cet article est fondamentalement la traduction des pages que l’apothicaire Sébastien BLAZE consacre dans le tome I de son livre intitulé “Mémoires d’un Apothicaire sur la Guerre d’Espagne pendant les années 1808 à 1804”, Paris, 1828, à décrire son passage en captivité par les terres de la province de Badajoz et de la frontière portugaise lors de sa participation à la guerre dite de l’Indépendance. Sa narration, que nous comparerons avec celle d’un capitaine français qui a vécu les mêmes faits, nous permettra de découvrir, non seulement ce que nous avons appelé “les désastres de la guerre”, mais aussi tout un ensemble de petits détails en rapport avec la façon de penser et de vivre de la société de notre région à l’époque de la guerre contre l’envahisseur français.

MOTS CLÉS: Guerre d’Espagne en Estrémadure; Sébastien Blaze, *Mémoires d’un apothicaire*, Coronel Chalbrand, J. J. E. Roy, *Les Français en Espagne*.

En el año 2003 publicamos en la *Revista de Estudios Extremeños* un artículo titulado “Aventuras y desventuras de un capitán francés por tierras extremeñas durante la Guerra de la Independencia¹”. Dicho artículo era fundamentalmente la traducción de las páginas que el capitán J. J. E. Roy dedica en su libro *Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Péninsule (1808-1814)*, (Tours, 1856), a describir su paso como prisionero de guerra por tierras de la provincia de Badajoz y de La Raya durante los años 1808 y 1809.

Han pasado cinco años desde la publicación de aquel artículo y, tras seguir investigando sobre el libro *Les Français en Espagne*, tenemos que hacer una rectificación para señalar que J. J. E. Roy no es el nombre del capitán protagonista del relato sino el del editor del mismo. El verdadero protagonista es el coronel Chalbrand, un militar francés nacido en 1773 y muerto en diciembre de 1854, que vivió las principales guerras de la Revolución y del Imperio. Nuestra confusión derivó del hecho de que en la edición que utilizamos no figura en ninguna parte el nombre del entonces capitán Chalbrand, y sí el de J. J. E. Roy que aparece en la portada interior donde se puede leer: “*Les Français en Espagne. Souvenirs des Guerres de la Péninsule (1808-1814)* **par** J. J. E. Roy Tours, Ad Mame et Cie, Imprimeurs-Libraires, MDCCCLVI”.

Siguiendo la pista de J. J. E. Roy descubrimos que las iniciales correspondían a Just Jean Étienne Roy, (1794-1871) autor de numerosas y variadas obras de carácter histórico como *Le dernier des Stuart. Bonnie Prince Charlie* ; *Les Templiers - Histoire Et Procès* ; *Histoire De La Chevalerie* ; *Quinze Ans De Sejour À Java Dans L’archipel De La Sonde Et Dans Les Possessions Néerlandaises Des Indes Orientales*; *Un Français En Chine Pendant Les Années 1850 À 1856*; *Hugues Capet Et Son Epoque*; *Histoire Des Colonies Françaises Et Des Établissements Français En Amérique, En Afrique, En Asie Et En Océanie Depuis Leur Fondation Jusqu’à Nos Jours*.

También encontramos que su nombre figuraba como recopilador de los recuerdos de un oficial de la expedición de Napoleón a Egipto reunidos en el

¹ CALLE CALLE, Francisco Vicente y ARIAS ÁLVAREZ, María de los Ángeles: “Aventuras y desventuras de un capitán francés por tierras extremeñas durante la Guerra de la Independencia”, *Revista de Estudios Extremeños*, año 2003, tomo LIX, n.º III, septiembre-diciembre, pp.1037-1057.

libro titulado *Les Français en Égypte ou Souvenirs des campagnes d'Égypte et de Syrie par un officier de l'expédition **recueillis et mis en ordre par** J. J. E. Roy*, Tours, Ad Mame et Cie, Imprimeurs-Libraires, MDCCCLV. Tras procurarnos una edición de dicho libro, pudimos leer en el prólogo que tanto el libro *Les Français en Égypte*, como los libros titulados *Les Français en Italie*, *Les Français en Espagne*, *Les Français en Russie*, etc... no eran sino las memorias y recuerdos del coronel Chalbrand publicados de manera más o menos ordenada y documentados por el editor J. J. E. Roy.

Por lo tanto, queremos aquí subsanar el error que cometimos al atribuir al capitán francés protagonista de nuestro artículo el nombre del editor de sus memorias. Sin embargo, pensamos que este error no influye de ninguna manera en el relato y en lo que en él se explica ya que lo único que hay que cambiar es el nombre del protagonista y donde figura “el capitán J. J. E. Roy” leer “el capitán Chalbrand”.

Suponemos que a estas alturas el lector se sentirá un tanto perplejo porque todavía no hemos mencionado en parte ninguna al boticario que figura en el título del presente artículo. Pues bien, vamos a explicar de quién se trata. Para ello tenemos que volver a citar nuestro anterior artículo sobre el capitán francés, al que ya llamaremos por su verdadero nombre, *Chalbrand*. En una de las notas de dicho artículo, en concreto la nota 8, p. 1041, explicábamos que las vejaciones y sufrimientos que padecían los soldados franceses eran tales que al llegar a los pontones de la bahía de Cádiz se sentían como si estuvieran en el “paraíso”. Ejemplificábamos dicha “alegría” con dos textos, uno del propio capitán Chalbrand, y otro de un boticario llamado Sebastián Blaze, que también había vivido aquella experiencia. Al citar ambos textos nos dimos cuenta de que el texto de Chalbrand, publicado en 1856, seguía casi literalmente el texto de S. Blaze publicado en 1828, y así lo hicimos constar en la nota. Como en aquel momento no pudimos consultar el texto original de S. Blaze, pensamos que se trataba de un simple “préstamo” por parte de Chalbrand. Cinco años después hemos conseguido el libro del boticario y nuestra sorpresa ha sido mayúscula al comprobar que Chalbrand (o mejor dicho, su editor J. J. E. Roy) no sólo se “inspiró” de S. Blaze en el citado texto referente a los pontones gaditanos sino que una gran parte del libro del capitán francés “repite” literalmente el texto del boticario.

Dada la gran cantidad de texto copiado literalmente se podría hablar de plagio, e incluso se podría llegar a dudar de la veracidad de lo contado por “Chalbrand-J. J. E. Roy”. Sin embargo, queremos dejar de lado esta polémica,

ya que lo que nos interesa es presentar la traducción del texto de S. Blaze², tal y como hicimos con el texto de Chalbrand, con la finalidad de aportar una fuente más a los estudiosos de la Guerra de la Independencia en Extremadura.

Como hicimos en el artículo sobre el coronel Chalbrand, vamos a presentar la traducción del texto de S. Blaze en el que se narra su estancia por tierras extremeñas³. En dicha traducción pondremos en cursiva los párrafos repetidos en ambos textos para presentar de forma gráfica la gran cantidad de “coincidencias” que hay entre ellos.

Antes de pasar al texto en sí queremos dar unas pinceladas sobre las vivencias de Sébastien Blaze hasta su llegada como prisionero a Extremadura, comparándolas con las del capitán Chalbrand.

En el año 1808, Sebastián Blaze (1875-1844), natural de Cavaillon (Vaucluse) tiene 19 años. Es llamado a filas y se incorpora al ejército como farmacéutico del 2º Cuerpo de Observación de la Gironde. Al igual que el capitán Chalbrand, entró en España el 25 de enero de 1808 y desde ese momento hasta la llegada de la noticia de la derrota de Bailén a Madrid sus andanzas son casi idénticas. Ambos viven en la capital de España en casa del bibliotecario D. Domingo Alonso y ambos conocen en Aranjuez a D. Ramón de Morillejos y su familia.

A partir de la derrota de Bailén sus andanzas toman rumbos diferentes. El capitán Chalbrand es enviado por sus superiores como mensajero a Tembleque y Madrilejos (Toledo) y allí, tras numerosas peripecias, será hecho prisionero

² Seguimos la edición de BLAZE, Sébastien: *Mémoires d'un Apothicaire sur la Guerre d'Espagne pendant les années 1808 à 1804*, Tome I, Paris, 1828, Ladvocat, Libraire, pp. 94-142. Debido al éxito que tuvieron las *Mémoires*, a finales del siglo XIX se publicó una segunda edición, *Mémoires d'un aide-major sous le Premier Empire. Guerre d'Espagne (1808-1814)*. Nouvelle édition entièrement refondue, avec une préface par Napoléon Ney. Paris, Flammarion, s. d., (1896). El editor Napoléon Ney suprimió algunos de los episodios que aparecían en la primera edición, aunque añadió otros. Estas supresiones se aprecian también en las páginas que hemos traducido ya que las 52 que aparecen en el texto de 1828 se convierten en 18 en la segunda edición.

³ Sebastián Blaze también presenta en su obra detalles sobre el asedio de Badajoz. Ver al respecto, VALDÉZ FERNÁNDEZ, Fernando: *La Guerra de la Independencia en Badajoz. Fuentes Francesas. Ia. Memorias*, Badajoz, 2003, Diputación de Badajoz. Dpto. de Publicaciones. (Colección Documentos para la historia de Badajoz y su alfoz, 1), pp. 209-225.

por las tropas españolas⁴. Después de pasar por Madrid, es enviado a la prisión de San Fernando de Henares; es en este punto donde sus andanzas vuelven a coincidir con las de S. Blaze. Éste por su parte, tras la derrota de Bailén, se queda en Madrid arrestado por estar implicado en un duelo entre unos compañeros suyos. Por dicho motivo, la llegada de las tropas españolas le sorprende en la capital. Gracias a la intervención del general Castaños, él y sus compañeros se salvan de ser masacrados por el pueblo soliviantado. También por orden de Castaños es llevado a la prisión de San Fernando de Henares, donde, como ya hemos señalado, sus andanzas vuelven a coincidir con las del capitán Chalbrand.

Desde San Fernando de Henares, ambos salen, el día 29 de noviembre de 1808, hacia los barcos-prisión de la bahía de Cádiz escoltados por un grupo de soldados españoles bajo las órdenes del capitán Palacio. Según S. Blaze, los prisioneros fueron divididos en tres destacamentos. El suyo, que era el segundo, salió de San Fernando a las dos de la mañana. Además de él y de sus compañeros Avril y Thillaye, iban en dicho destacamento los señores Luquet, oficial, Streykfeld, oficial prusiano, Sauret, Bonnacarrère, oficiales sanitarios, y 160 soldados, pero no cita a ningún capitán Chalbrand⁵.

Tras abandonar San Fernando pasan por Madrid, Leganés, El Álamo, Novés, Talavera, Almaraz, Aldea Lovispo (Puente del Arzobispo), La Cumbre, Puente del Arzobispo y Oropesa⁶.

He aquí el **relato de Sebastián Blaze** en el momento de llegar a tierras extremeñas (pp. 94-142).

Tras haber caminado todo el día, bajo la lluvia, por caminos impracticables, llegamos a las nueve de la noche ante la puerta del castillo de Piedra-

⁴ Ver al respecto CALLE CALLE, Francisco Vicente: "Aventuras y desventuras de un capitán francés por tierras toledanas durante la Guerra de la Independencia, en *Anales Toledanos*, XLIII, Toledo, 2007, pp. 265-284.

⁵ Cf. S. BLAZE, *Mémoires...*, ed. cit., p. 81-82.

⁶ Como el mismo Blaze señala, la cercanía del ejército francés les obligaba a hacer "marchas y contramarchas", lo que puede explicar el desorden en que aparecen citadas las localidades por las que pasaron. Creemos que ese ir y venir también le afectó a la hora de redactar el recuerdo de aquellos días, ya que no deja de ser sorprendente encontrar entre los citados pueblos, pertenecientes casi todos a las comarcas de la Campana de Oropesa y del Campo Arañuelo, La Cumbre, localidad cacereña que se encuentra al suroeste de Trujillo, es decir, a más de 90 kilómetros de la zona mencionada.

*Buena*⁷. Llamamos varias veces con violencia; esperamos bastante rato sin que nadie nos respondiera. Por fin las troneras del castillo se iluminaron con un resplandor que parecía venir del patio; poco después la puerta se abrió: nuestros soldados iban a hundirla a culatazos. Creía que llegaba a uno de esos castillos habitados por las hadas, o al menos por un ogro. Ya empezaba a extrañarme que ningún enano de siniestra figura hubiera tocado un cuerno en lo alto de una torrecilla, cuando un viejo capuchino, alto, flaco, seco, con el hábito ceñido por una cuerda de gruesos nudos, se presentó ante nosotros. Iba seguido por una vieja tan flaca como él, tan sucia como su barba; el mentón y la nariz de esta bruja se tocaban y parecían pelearse por ver cuál de ellos entraba primero en la boca⁸. Esta pareja decrepita estaba acompañada por dos niños; uno llevaba en la mano un puñado de juncos encendidos⁹, de la especie llamada esparto, con la que se hacen, en algunas partes de España, cuerdas para pozos y sombreros de esparto, y que se utiliza también como antorcha o hacha, como era el caso. El otro niño tenía bajo el brazo una gavilla de la misma planta, de la que cada cierto tiempo sacaba un puñado para sustituir a la que estaba a punto de apagarse. De esta manera se ilumina el Castillo de piedra buena (sic): las luces tienen que hacer terribles progresos antes de introducirse en esta tenebrosa morada.

⁷ Cerca de San Vicente de Alcántara. Sobre este castillo ver. AA. VV.: *La España Gótica* (14). Extremadura, Madrid, 1995, Ediciones Encuentro, S. A., pp. 363-364.

⁸ En este párrafo se aprecian algunas de las diferencias entre el texto de S. Blaze y el del coronel Chalbrand. S. Blaze dará muestras a largo del relato de ser un hombre con un bagaje cultural mucho más amplio que Chalbrand como lo atestiguan sus conocimientos musicales, literarios o gastronómicos. También será mucho más evidente su anticlericalismo. En este caso, mientras que en el texto de Chalbrand los huéspedes son un viejo hidalgo que le recordaba a D. Quijote, acompañado por una vieja decrepita, en el de S. Blaze se trata, como acabamos de ver, de un capuchino y de una vieja con aspecto de bruja.

⁹ Esta nota aparece en el texto original de S. Blaze: “Los españoles llaman a esta especie de junco esparto, crece en algunas montañas de la Península, y sirve para hacer cuerdas de pozos, sombreros de esparto. El capuchino había conservado hasta ese día la manera de alumbrar que sus predecesores habían aprendido directamente de nuestros primeros padres. Sin lugar a dudas hay una gran distancia entre el puñado de esparto y las lámparas astrales, la bujía diáfana, el gas que vierte torrentes de luz en nuestras salas de espectáculos”.

Lámpara astral: En 1784, el químico suizo Ami Argand patentó una nueva lámpara. Su mecha trenzada era distinta a todas las demás: iba enrollada en el interior de un pequeño tubo que absorbía el aire del exterior y producía una luz mucho más clara. La mecha,

Tras haber recorrido bóvedas sombrías tapizadas por telarañas, nos encontramos en un vasto patio donde estuvimos durante una hora. El capitán Palacio¹⁰, el capuchino y la vieja, precedidos por los dos niños que alumbraban, recorrían el castillo para encontrar un rincón que pudiera servirnos de dormitorio. Palacio señaló una sala que parecía conveniente para alojarnos; pero, siguiendo el consejo de la vieja, el reverendo padre señaló que estaríamos demasiado bien en esta sala, y que era mejor llevar allí a las bestias que estaban en el establo, a fin de ponernos en su lugar. Después de una larga y seria deliberación prevaleció esta opinión, ya que Palacio no osó contradecir lo más mínimo al capuchino que recibió la felicitación de sus dignos compañeros; y este rasgo de patriotismo vino a añadir un nuevo lustre a su reputación de hombre sabio y religioso.

Fue una maldad bastante baja y gratuita ¿Qué digo? Por el interés de los animales deberían habernos metido en otro sitio. Si los cerdos hubieran sido admitidos en el consejo de nuestros anfitriones, hubieran dicho en su dialecto, que preferían su cama apestosa al suelo embaldosado de un refectorio; pero había que humillarnos y privarnos de las delicias del descanso: tal era la finalidad del caritativo solitario.

Se nos condujo pues a la puerta del establo, y se hizo desfilar *delante de nosotros a veintiséis cerdos, tres asnos, dos mulas y una yegua*. Quedaba todavía un viejo caballo, pero no se le hizo salir, por temor a que no se sintiera a gusto sobre las baldosas de la gran sala. Se nos permitió compartir el apartamento del corcel monacal, con la prohibición expresa de molestarlo haciendo ruido, y sobre todo de usurparle su cama que no estaba tan sucia como el sitio dejado por los cerdos. Yo he dormido más de una vez en una cuadra, y solía dormir bien cuando los caballos tenían algo de cortesía; pero no se está tan limpio cuando se duerme en una pocilga. Sin embargo nos acomodamos tan bien como nos fue posible, y tras haber devorado un trozo de pan, reservado de la ración de la víspera, cada cual se extendió y durmió como si hubiera estado

protegida por un tubo de cristal, se alimentaba con un depósito de aceite de colza situado en la parte superior. (N. del T.).

¹⁰ En ambos relatos, el capitán Palacio es el oficial al mando de la tropa que custodia a los prisioneros franceses.

en la calle. *Aquel día no tuvimos rancho*¹¹, y tuvimos que conformarnos con comer unos puñados de bellotas dulces que los dos niños nos vendieron a precio de oro.

Al momento de partir, Palacio recibió un mensaje; se le advertía que los habitantes de Alburquerque habían planeado asesinarlos. *El capitán retrasó nuestra partida hasta la tarde*, con la finalidad de entrar en este pueblo en mitad de la noche. Esta precaución nos preservó de la muerte, pero no de los consabidos insultos. *Nos alojaron en la torre más alta de la ciudadela*¹²; allí estábamos al abrigo del furor de los campesinos, respirábamos aire puro; los rayos del sol llegaban hasta nosotros a pesar de los barrotes de la ventana, y podíamos hacer ruido, incluso cantar, sin que se nos mandara guardar silencio. *El carcelero se encargó de preparar nuestro rancho; menos ladrón y mejor cocinero que nuestro cabo, nos alimentó mejor y más barato. Añadamos a esto que dicho carcelero nos divertía en ocasiones con su burlesca originalidad*¹³. *Palacio nos anunció que permaneceríamos un tiempo en Alburquerque*; por fin íbamos a descansar un poco.

El día de Navidad se nos permitió oír misa en la capilla del castillo. Nunca esta capilla había contenido tanta gente de la buena sociedad. Los notables vinieron para hablar de la guerra o por curiosidad, para ver cómo estaban hechos los franceses; otros vinieron para humillarnos; todos parecían sentir pena por nuestra suerte, y todos se regocijaban con nuestras desdichas. Estos notables, hidalgos y burgueses, habían traído a sus mujeres; éstas tenían por compañía a sus hijas y a sus amigas. Nuestra sorpresa fue extrema cuando vimos la gótica capilla embellecida por una sociedad tan brillante. Debíamos agradecer a las damas que hubieran subido hasta lo más alto de la torre con la única intención de venir a vernos. ¿Era la curiosidad la que las había guiado? ¿Querían agradar a Dios, celebrando un día tan señalado con una buena acción, con un acto de caridad cristiana, visitando a unos pobres prisioneros? El acontecimiento disipó todas las dudas.

¹¹ Sobre el rancho que recibían los prisioneros franceses, ver nuestro artículo: "Aventuras y desventuras de un capitán...", p. 1042, nota 10.

¹² Sobre el castillo de Alburquerque se puede consultar la ya mencionada obra *La España Gótica (14)*. Extremadura, pp. 279-281.

¹³ En el texto de Chalbrand, este párrafo está unas líneas más adelante.

¡Los hombres nos miraban con un desprecio insultante, la mirada de las mujeres tenía una expresión bien diferente! Las españolas tienen los ojos seductores, un corazón tierno, un alma apasionada: ellas no se mostraron insensibles hacia unos infortunados. Colocadas a la izquierda del altar, de rodillas, las manos juntas sobre un rosario, la cabeza bajada, las damas se giraban de vez en cuando y nos dirigían miradas encantadoras. Oímos algunas veces propósitos que hacían honor a su sensibilidad y halagaban agradablemente nuestra pequeña vanidad, ¡Jesús qué lástimas y qué guapos son!

Ite missa est fue la señal de partida de los fieles que se habían reunido en nuestra capilla; sin embargo, se nos permitió presentar nuestros respetos y el homenaje de nuestro reconocimiento a las buenas almas que nos visitaban. Está claro que las damas obtuvieron la preferencia, que les era debida por diferentes motivos. Ellas nos hicieron un montón de preguntas: nuestra situación parecía interesarles vivamente, y como el hijo de Ulises contamos nuestras aventuras a esas musas del Tajo; tan bellas como las acompañantes de Calypso y aunque no fueran para nada inmortales, es verdad, esto no las hacía menos adorables¹⁴. Nos paseamos por la plataforma, escuchaban nuestros relatos con interés. La piedad, la ternura se pintaban sobre los rasgos de las amables visitantes, y a menudo un ¡Jesús qué lástima! seguido de un suspiro e incluso de una lágrima, interrumpía la conversación.

A pesar de haber perdido nuestra libertad y nuestro dinero, conservábamos la alegría; era el único bien que nos quedaba. Tras haber escuchado la narración de nuestros infortunios, las damas, por una feliz transición, cambiaron hábilmente el tema de la conversación que tomó un rumbo más agradable. Estábamos inspirados, nuestro humor alegre, nuestra galantería delicada y es-

¹⁴ En la mitología griega, **Calipso** (en griego 'la que oculta') era, según Homero, el nombre de una bella hija del titán Atlas, que reinaba en la hermosa isla de Ogigia. Cuando Odiseo, que se hallaba a la deriva tras naufragar su barco, llegó a esta isla Calipso le hospedó en su cueva, agasajándole con manjares, bebida y su propio lecho. Le retuvo así durante siete largos años, teniendo de él cuatro hijos: Nausitoo, Nausinoo, Latino y Telégono. Calipso intentó que Odiseo olvidara su vida anterior, y le ofreció la inmortalidad y la juventud eterna si se quedaba con ella en Ogigia. Pero el héroe se cansó pronto de sus mimos, y empezó a añorar a su mujer Penélope. Viendo esta situación, Atenea intervino y pidió a Zeus que ordenase a Calipso dejar marchar a Odiseo. Zeus envió a su mensajero Hermes y Calipso, viendo que no tenía más opción que obedecer, le dio materiales y víveres para que se construyera una balsa y continuara su viaje. Odiseo se despidió de ella, no sin cierto recelo por si se tratara de una trampa, y zarpó. Algunas leyendas cuentan que Calipso terminó muriendo de pena. Cf. <http://es.wikipedia.org/wiki/Calipso>.

piritual, me puedo permitir esta palabra, les agradó. Inspirados por unos ojos tan bellos, cada uno de nosotros pudo decir como Fígaro: *E di me stesso maggior mi fa*¹⁵. Nuestra amabilidad se había mostrado, nuevos éxitos debían coronarla. Las bellas españolas quisieron visitar nuestro apartamento; allí, algunos valses atacados en el flautín con una elegancia de estilo, un vigor en la ejecución que harían palidecer al mismo Collinet¹⁶, electrizaron a la sociedad. A esta señal, cada uno se amparó de una bailarina, y henos aquí pirueteando en medio de una prisión que mi flauta encantada había convertido en salón de baile. El lector es demasiado inteligente para que yo tenga que decirle que los maridos, los hermanos, ¿qué sé yo?, quizás los amantes de estas damas, estaban en guardia, colocados a lo largo de los muros, y hacían lo que vulgarmente se llama “comer pavo”¹⁷.

Sus caras eran un poema, su situación cómica, y nosotros hubiéramos reído de buena gana si nuestras miradas y cuidados no hubieran debido consagrarse y concentrarse en los objetos seductores que presionábamos en nuestros brazos.

La orquesta era tan infatigable como los bailarines; doblaba, triplicaba las piezas; el sexto vals iba a comenzar, cuando los maridos, cansados de su

¹⁵ Esta frase pertenece a la ópera *El Barbero de Sevilla* de Rossini, aunque la pronuncia el Conde de Almaviva en el acto I, escena VII:

CONTE

Ah,
che d'amore la fiamma io sento,
nunzia di giubilo e di contento!
D'ardor insolito
quest'alma accende
e di me stesso maggior mi fa.

CONDE

¡Ah,
de amor la llama siento,
anunciar júbilo y contento!
Con un ardor insólito
mi alma se enciende
y me hace mayor de lo que soy.

¹⁶ Hubert Collinet (1797-1867), músico francés, especialista del flautín.

¹⁷ Esta expresión española, hoy en desuso, se empleaba cuando durante un baile una dama no era requerida por nadie para bailar. La expresión original francesa es “faire tapisserie”, algo así como “quedarse pegado a la pared como un tapiz”.

descanso, pusieron fin a nuestro vals de improviso llevándose a nuestras bailarinas. Ellas nos dijeron adiós tiernamente, y nos dieron las gracias por una diversión que habían encontrado muy de su agrado; los hombres nos dieron las buenas noches con un tono brusco, y era fácil de comprender que no habían disfrutado lo mismo que nosotros. No se nos permitió en absoluto cumplir con los deberes de la cortesía, acompañando a las damas hasta el final de las escaleras; pero no se pudo prohibir que las siguiéramos con la mirada desde lo alto de nuestra torre. Cuando llegaron a la plaza de la ciudadela, un gesto con el abanico, un pañuelo blanco que hacían flotar por encima de sus cabezas, anunciaban que todavía nos veían; y sus ojos encantadores, dirigidos hacia la torre, parecían decirnos todavía: *¡Jesús qué lástima!*

Por fin desaparecieron, sin dejarnos la esperanza de volver a verlas, sus caballeros no estaban dispuestos a volverlas a llevar a una fiesta parecida. Esos señores interrumpieron nuestro baile; sin duda fue un gran golpe político para ellos, pero no habían previsto todo; la piedad, todo el mundo sabe que

La piedad no es amor

la piedad puso en evidencia su prudencia celosa. Ciertas señales convenidas con nuestras bailarinas debían hacernos llegar consuelos de otra especie: puesto que les era imposible responder a los deseos de nuestros corazones, aquellas damas quisieron al menos procurar algunas alegrías a nuestros estómagos, a los que tantas comidas exiguas o desagradables habían entristecido cruelmente. La torre del homenaje en la que nos habían confinado era una estupenda posición telegráfica: toda la población estaba a nuestros pies, ninguna casa se ocultaba al dominio de nuestras miradas. Un pañuelo blanco o bien una corbata negra eran los signos de júbilo o de angustia que hacían conocer el estado de la despensa o de la bodega de los pobres prisioneros.

Al día siguiente, nunca más tarde que el día siguiente, *un sirviente* discreto y fiel apareció ante nuestra vista *trayendo una cesta llena de provisiones*. Si los ángeles y los pájaros descendían de lo alto de la bóveda celeste azulada para dar de cenar a los profetas sentados sobre el césped, nuestro aprovisionador se molestó en subir los seiscientos peldaños. La posición de la torre de Alburquerque era bastante más cómoda para recibir los socorros de lo alto, bastaba con extender la mano. Cuando levantamos el velo que cubría la cesta, vimos primero un pan más blanco que la nieve, *candidior nive*, y cuya corteza era dorada como los cabellos de Apolo que las tijeras del barbero habían respetado siempre, *intonsus Apollo* ¡Dios mío! ¡Qué cosa más buena es el buen pan para unos pobres diablos que la desdicha condena a rellenar el estó-

mago con los manjares más repulsivos, y que a menudo no tienen bastante para sostener su existencia miserable! Vinos exquisitos, jamón y aves de corral frías; no estaban trufadas, la exactitud que exige la historia me fuerza a confirmarlo; mermeladas, galletas, chocolate, chocolate de España, evidentemente, y no esa pasta en la que la harina se alía a la innoble melaza, y que los parisinos decoran con el nombre de chocolate; tal era el cortejo que nuestras amables benefactoras habían dado al pan, que nos había llamado la atención en primer lugar y recibido nuestros primeros homenajes. Todavía no he dicho todo, algunas tabletas de excelente turrón completaban esta preciosa colección: este turrón me hizo derramar lágrimas, trayéndome a la memoria unos recuerdos muy agradables¹⁸.

*Je laisse à penser la vie
Que firent nos bons amis !¹⁹*

¹⁸ Esta nota aparece en el texto original de S. Blaze: “En el sur de Francia, sobre todo en Provenza, los parientes se reúnen el día de Nochebuena, donde se sirve una colación muy copiosa en la que abunda el turrón. Los provenzales que han conservado las antiguas tradiciones, añaden a esta comida diversas ceremonias. Es para las familias el día más solemne del año: se retrasan los viajes, se anticipan los regresos para poder asistir a dicha reunión, que es un motivo muy importante para acercar a los parientes que cualquier razón hubiera podido separar. Las familias provenzales establecidas en París o en las colonias han conservado esta costumbre. La comida de Nochebuena se compone de ciertos manjares prescritos por la costumbre; se pueden añadir otros, pero aquéllos deben conservar su lugar de honor. Al día siguiente los invitados cenar juntos, entonces sólo se sirve un plato, el pavo asado. El 24 de diciembre es un día nefasto para estas tranquilas aves, miles caen bajo el hierro asesino. El pobre ahorra para procurarse el pavo de Navidad; si no es suficiente, venderá sus joyas, empeñará sus ropas, para satisfacer este gasto, que él verá como una deuda de honor. Este fanatismo es gastronómico, y durará mucho tiempo”.

¹⁹ Autrefois le Rat de ville
Invita le Rat des champs,
D’une façon fort civile,
À des reliefs d’ortolans
Sur un tapis de Turquie
Le couvert se trouva mis:
Je laisse à penser la vie
Que firent ces deux amis.

“Invitó el ratón de la corte a su primo del campo con mucha cortesía a un banquete de huesos de exquisitos pajarillos, contándole lo bien que en la ciudad se comía. Sirviendo como mantel un tapiz de Turquía, muy fácil es entender la vida regalada de los dos amigos. Jean de la FONTAINE: *Fables*, I, IX, Paris, 1964, Gallimard, (Le livre de poche, 1198/1199), p. 66.

Sólo siento algo de lástima por el prisionero al que las bellas se encargan de alimentar. Todo iba de maravilla en nuestra torre, el servicio de señales se hacía con regularidad por ambas partes: en el momento en el que la bandera negra sucedía al pañuelo blanco, un gran abanico verde aparecía en una ventana que sabíamos muy bien distinguir de las otras; era el emblema de la esperanza. Nunca era traicionada, y el mensajero ordinario se apresuraba a cumplir con su deber. Siempre la misma abundancia y la misma delicadeza en la elección de nuestras provisiones. ¡Por desgracia, ninguna felicidad dura en el mundo, incluso en prisión!

El 27 de diciembre, en el momento en que los rayos de la aurora venían a iluminar el pináculo de nuestra torre; Thillaye dormía todavía; Avril²⁰ estaba en la ventana de las señales; yo, como Cenicienta, soplabla el fuego para calentar mis dedos, cuando la puerta se abrió: *un sargento entró en nuestra habitación con aire estupefacto, y nos anunció que teníamos que partir al instante. Nos enteramos más tarde que esa partida precipitada se debió a la aparición de una patrulla francesa de reconocimiento que, durante la noche, había llegado hasta las puertas de la villa. Nuestros preparativos fueron rápidos, y un cuarto de hora más tarde estábamos en el camino que lleva a Codocea [La Codosera].*

¡Generosas y sensibles damas de Alburquerque, ¡oh! vosotras que con vuestros cuidados y mermeladas, habéis endulzado nuestras penas y encantado nuestro cautiverio; vosotras, las primeras personas que habéis tenido el coraje de hacer frente a la opinión pública para darnos una protección de la que hemos sentido todo su valor, nos privaron de la satisfacción de despedirnos de vosotras y de expresar nuestro reconocimiento! Pero el lenguaje de los corazones no os es desconocido en absoluto, y habéis recibido nuestro agradecimiento y la expresión de nuestra tristeza; el recuerdo conmovedor de vuestros favores no se borrará nunca de nuestras memorias.

Llegamos a mediodía a Codocea; nos dejaron un rato en medio de una calle mientras iban a buscar las llaves de la prisión, o para dar a los habitantes el gusto de vernos y de insultarnos a sus anchas. No me gustaba servir de espectáculo para los que por allí pasaban, como si fuera una bestia rara; sus bromas groseras eran para mí un suplicio. Me oculté entrando en una casa

²⁰ Son dos amigos de Blaze con los que había hecho el juramento de no separarse durante su aventura en España.

*en la que durante unos instantes me instalé cerca del hogar. Me acordaba de que Coriolano había actuado de la misma manera en casa de su enemigo Tulo*²¹. *La dueña de la casa había salido para ver a los prisioneros; regresó; sus ojos estaban llenos de lágrimas. Viendo que me perdonaba la libertad que me había tomado al calentarme en su chimenea, tuve el valor de pedirle un vaso de agua; me dio uno de vino llorando a lágrima viva, y me ofreció todo lo que podía haber en su casa. Sorprendido por este comportamiento tan noble y que chocaba tanto con la conducta de sus compatriotas, quise conocer la causa de su dolor: -"¡Ay!, me dijo, yo tenía un hijo en el ejército español, y ahora es prisionero de guerra en Francia; les veo tan desgraciados, tan miserables, que sólo pensar que mi hijo puede serlo tanto como ustedes, me hace morir de pena. Acepte, se lo suplico, acepte esta pobre ayuda; ¡soy tan dichosa de poderse la ofrecer! ¡Ojalá haya un alma caritativa que haga con mi hijo lo que yo hago con usted!"*

*Me conformé con una naranja y un poco de pan; tras haber dado las gracias a esta señora le dije: -"Sin duda, su hijo es un desgraciado, porque está prisionero; pero, tranquilícese, su vida no está en peligro; no está expuesto a las humillaciones que nosotros sufrimos aquí; tampoco está encerrado en una prisión, se lo aseguro, y tiene que creerme. Le está permitido trabajar, si tiene un oficio; si no lo tiene, encontrará almas caritativas que le darán pan cuando lo necesite*²². *Los franceses no son..."*. Un culatazo en los

²¹ Según Plutarco, el héroe semi-legendario Caius Marcius Coriolanus había conquistado la ciudad volsca de Coriolos en 493 a. de J. C.; años después, tras ser expulsado de Roma, se dirige a Ancio y entra disfrazado en la casa de un antiguo enemigo Attius Tullius Aufidius, sentándose al lado del hogar sin mediar palabra. Finalmente, tras darse a conocer llega a un pacto con Tullius Aufidius para conquistar Roma. Cf. PLUTARCO: *Vidas paralelas*, libro II, XXII-XXIII en www.librosclasicos.org/buscador/search.php?kw=Plutarco; fecha de consulta 15/02/08.

²² Esta nota aparece en el texto original de S. Blaze: *"No me equivocaba en mi aserción; los prisioneros españoles eran acogidos con sentimientos de piedad y de humanidad por los habitantes de los departamentos del Gard y de Vaucluse. Estos desgraciados cautivos recibían ayudas y se procuraba mejorar su condición, que la política trataba de hacer insoportable, a fin de forzarlos a liberarse enrolándose en las tropas francesas. Las gentes del país eran indignas de tal maquiavelismo, en general se desaprobaba la invasión de la Península. Gerona se rindió, su guarnición fue conducida a Aviñón; llegó durante los últimos días del carnaval, y se vio desfilar por el paseo los fantasmas de los soldados que acababan de escapar de la guerra y de la hambruna. Presentaban una viva imagen de los males que los franceses cautivos sufrían en España. Al interés que inspira la desgracia, se unían además otras razones sobre las que guardaré silencio,*

riñones me advirtió que había dicho demasiado y que tenía que seguir a mis camaradas, que ya iban camino de la cárcel.

El 29, dormimos en Campo-Mayor, plaza fuerte en la frontera de Portugal. Por la mañana, antes de partir, un jefe de batallón portugués entró en la prisión con un hombre con uniforme de músico de regimiento. Este músico nos hizo algunas preguntas en francés, (y) traducía al instante nuestras respuestas

ya que servían para ayudar a los prisioneros españoles cuya desertión se favorecía: se les daba dinero; barcos apostados durante la noche en el Ródano o el Gard les pasaban a la orilla derecha; estos fugitivos seguían la costa y ganaban los Pirineos sin grandes dificultades, ya que los habitantes se apresuraban a recibirlos y a esconderlos de las persecuciones de los gendarmes.

En una pequeña ciudad del Gard, una familia fue muy feliz por poder dar los mismos cuidados a un español que los padres de éste habían dado a su hijo, cautivo en España; los dos guerreros se han casado cada uno con la hermana del otro, y este doble matrimonio ha estrechado los lazos de un reconocimiento recíproco. Mi hermano mayor me mandó a varios de estos desertores; me enviaba cartas a todos los sitios en los que pensaba que me podía encontrar yo: no recibí ninguna. Un joven soldado, José Vega, del que se había hecho amigo, salió de Aviñón y como encontró numerosos obstáculos volvió al punto de partida; este honesto desertor se apresuró a devolver la carta y el dinero que le habían dado; es fácil de adivinar que mi hermano sólo aceptó recibir la carta.

En su estado de miseria y de cautividad, los españoles conservaban su arrogancia y sus ideas extravagantes de nobleza y de distinción nacional; los oficiales castellanos tenían su mesa particular, a la que los manchegos, catalanes, etc, no eran admitidos de ninguna manera. Uno de los comensales que había dado una vuelta por los alrededores encontró a su vuelta un recién llegado que cenaba con los oficiales: este aumento le molestaba especialmente; mira y examina al convidado y le pregunta a continuación si es castellano. “Si no lo fuera, ¿cenaría con nosotros? le dicen. Esta respuesta le tranquilizó, dispuso sus escrúpulos y le devolvió el apetito.

En 1814 los habitantes de Aviñón para fraternizar abiertamente con los españoles dieron una comida espléndida a los oficiales de esta nación. Mi hermano mayor leyó algunos poemas escritos para esta fiesta, de los que citaré uno solo:

Marte, dios terrible y furioso,
Tus frutos son la muerte, la esclavitud;
El castellano llora en estos lugares,
El francés llora a orillas del Tajo.
Pero hay un final a nuestros males;
El olivo en manos del Borbón avanza,
Castilla, recobra a sus héroes,
Y devuelve sus héroes a Francia.

Todos los prisioneros españoles quisieron tener estos versos para llevárselos a su patria. Éste que yo transcribo aquí fue acogido con muchísimo entusiasmo”.

al comandante. Comprendió por mi acento que era provenzal, y, hablando al momento la lengua de mi región, quiso saber cuál era mi pueblo natal. Le dije que era de Cavaillon, y que mi familia vivía en Aviñón. Entonces me pidió noticias del Sr. Lapierre, organista de Cavaillon, y de los señores Fialon y Borty que tocaban la trompa y el violonchelo en el teatro de Aviñón. Me sorprendió muchísimo encontrar a un compatriota tan lejos y en las filas enemigas; me acuerdo que le había conocido en Cavaillon, trataba de recordar su nombre, cuando desapareció después de haberme hecho una señal para que guardara silencio.

El 30 nos paramos en Grumeña [Juromenha N. Sra. do Loreto]; por la mañana habíamos pasado al lado de las murallas de Elvas, ciudad muy fuerte de Portugal. El pueblo furioso de presentó por la carretera para degollarnos. Nuestra guardia no podía defendernos, pero apuntaron algunas piezas de artillería sobre los asaltantes amenazándoles con hacer fuego; se retiraron rápidamente. Esto fue bastante bien recibido por nuestra tropa, que se encontraba situada de tal manera que hubiera recibido la metralla en segundo lugar: “Después de ustedes si queda”, decíamos a los bandidos.

Salimos de Grumeña el 1º de enero de 1809. Quisieron hacernos pasar el Guadiana; pero el tiempo era muy malo, el río tan agitado, que casi nos ahogamos. Nuestra partida, pues, fue diferida hasta el día siguiente. El Guadiana es un río bastante caudaloso que separa España y Portugal, sus riberas están cubiertas de mirtos y de adelfas. No lejos de allí se encuentra el antiguo pueblo de Castil-Blazo²³, *Castellum Blasiorum*, fundado por uno de nuestros antepa-

²³ No hemos podido encontrar en Portugal ningún lugar con este topónimo. En la novela picaresca *Gil Blas de Santillane* escrita entre 1715 y 1735 por el francés Alain-René Lesage, hay un personaje llamado Don Bernard de Castil Blazo, uno de los amos de Gil Blas. También otro personaje de la novela, D. Rafael cuenta que fue asaltado por unos ladrones cerca de Castil-Blazo. Según los comentarios D. Juan Antonio Llorente en su *Observaciones críticas sobre el romance de Gil Blas de Santillana*, (Barcelona, 1837): “El traductor Isla se tomó la libertad de omitir la traducción de las palabras *auprès de Castil-Blazo*, porque sabía que no hay tal pueblo en España; pero si hubiera sabido la topografía de su patria, hubiera conocido que debía escribir *Castil-blanco*, villa situada sobre la orilla del río Guadiana, en la Mancha, provincia de Toledo, en la misma ruta que habían llevado los viajeros de Calatrava a Mérida” (pp. 214-215). Según esto, Castil-Blazo correspondería en español a Castilblanco; en portugués este topónimo se traduciría como Castelo Branco, ciudad que se encuentra a más de 150 km de la zona de Elvas.

sados, Caius Attilius Blasco, teniente de Sartorio. Quería ir a reclamar la protección de mis parientes que habitaban todavía en la antigua casa solariega que Caius Attilius les había legado; Palacio se mostró inexorable y fui obligado a mezclar mis quejas con el furor de la tempestad, esperando poder confiarlas al ala del céfiro en un momento más favorable. Pero, por desgracia, el espíritu patriótico quizás había apagado, en el corazón de mis primos, los sentimientos de la naturaleza y de la amistad. Estos orgullosos hidalgos habían olvidado sin duda que uno de los descendientes de su familia había seguido a Carlos V hasta Provenza para dejar allí una colonia de la antigua raza consular de los Cornelius y los Quintius que se hicieron ilustres en las guerras púnicas. Estaba expuesto a tantas dificultades y tribulaciones, que me consolé fácilmente que me negaran el ir a abrazar a mis parientes, pasando tan cerca de sus casas.

Como Thillayse hacía buenos versos, el aburrimiento había animado mi gusto por la poesía, yo rimaba también en mi prisión, esta sombría morada invita a reflexionar sobre las miserias humanas:

“Pues, ¿qué se puede hacer en una morada a menos que no se sueñe en ella?”

ha dicho el gran La Fontaine²⁴; tras haber rumiado bien nuestros pensamientos filosóficos terminamos por ponerlos en verso. Nuestras aventuras, nuestra situación, nos inspiran estancias alegres o melancólicas según los acontecimientos de la jornada. A menudo los muros de nuestro calabozo tenían escritos con carbón nuestros ensayos poéticos. Como la partida se retrasó por el mal tiempo y por la agitación del Guadiana, se nos hizo volver a la casa en la que habíamos pasado la noche. Allí encontramos a gente raspando la pared en la que habíamos escrito los versos. Estos versos estaban escritos en francés, no los habíamos comprendido, he aquí una razón más que suficiente para caer sobre los impertinentes autores de estas líneas rimadas. En París, los poetas se enfadan cuando los silban ¿qué harían si les dieran de bastonazos como hacen en Portugal?

²⁴ “Car, que faire en un gîte à moins que l’on y songe ?” FONTAINE, Jean de la: *Fables*, Libro II, XIV, “Le lièvre et les grenouilles”, *ed. cit.*, p. 91.

La tormenta se calmó, y cruzamos, el 2 de enero, el río sin contratiempos. Teníamos que ir a dormir a Olivenza; a penas llegamos a la otra orilla, un monje²⁵ vino a anunciar a Palacio que los habitantes se negaban a recibirnos, que todas las puertas de la villa estaban cerradas, excepto una, protegida por cuatro cañones dispuestos a disparar sobre nosotros. El capitán dio media vuelta. Nos hizo dar un gran rodeo por los campos para coger otra ruta, esta contramarcha nos hizo perder tiempo y llegamos muy tarde.

Palacio, que sin duda había sido mal recibido en Portugal desde que entramos, no paraba de elogiar a España y de criticar duramente a los portugueses. Sin embargo yo no me había dado cuenta de que los españoles fueran más educados; pero necesariamente había que ser de la misma opinión que D. Palacio, y me apresuré a convenir que, en efecto, los españoles valían más que los portugueses.

A las diez de la noche todavía estábamos caminando. No nos habían dado víveres la víspera, y nos moríamos de hambre. Palacio, en el ardor de su declamación contra los portugueses, quiso mostrarnos el carácter español, no tal y como es, sino con una serie de embellecimientos que él le daba. Nos hizo entrar en una casa que estaba en el camino; allí, cumpliendo sus órdenes soberanas y su poder discrecional, *se nos dio pan y vino que pagamos de nuestro bolsillo*. Es justo decir que se nos había dado pan a escondidas mientras que nuestra escolta vaciaba las botellas y las jarras; esta liberalidad misteriosa era quizás una treta de Palacio que no paraba de decir con un énfasis cómico: “¡Bien se ve que estamos en España!” Una vez hecha la distribución, nos pusimos de nuevo en marcha; a medianoche estábamos en Táliga²⁶.

Como no había prisión en este pequeño pueblo se nos alojó en casa de un zapatero. El capitán, queriendo sostener todavía el honor de su país, hizo traer dos manojos de paja para nuestro lecho, y nos repitió más de una vez frotándose las manos con aire de triunfo y de satisfacción: “¡Bien se ve que estamos en España!”.

²⁵ En el texto de Blanchard no se especifica quién notifica a los soldados el peligro que corrían si se acercaban a Olivenza; aquí, quizás por el ya mencionado anticlericalismo de S. Blaze, se trata de un monje.

²⁶ Chalbrand no menciona este pueblo.

*Al día siguiente nos paramos en un pueblecito, a cuatro leguas de allí*²⁷, y cuyo nombre se escapa a mi memoria. Cervantes había sido recibido de una manera poco cortés en un burgo de la Mancha, incluso se piensa que fue maltratado en dicho lugar. Es en ese miserable sitio donde el autor de D. Quijote hizo nacer a su héroe y situó las principales escenas de su famosa novela. D. Miguel de Cervantes Saavedra era orgulloso y rencoroso como un español, se vengó de este burgo incivil no nombrándole²⁸. Si siguiera este ejemplo sólo la villa de Alburquerque hubiera obtenido el favor de ser inscrita en mis tablillas, y, como el autor de D. Quijote, habría olvidado todos los nombres de todas las villas y pueblos que encontramos en nuestro camino.

Fuimos asaltados, como de costumbre, por la chusma del lugar. Las calles estaban llenas, había gente en las ventanas, en los tejados e incluso en el campanario. Se nos metió en un patio cuyas ventanas daban a la calle. El populacho se apresuró a apiñarse en torno a las ventanas; se ahogaban, escalaban los muros, se subían unos encima de otros para vernos, abuchearnos y lanzarnos piedras. No había manera de librarse de estos ataques; estábamos, por así decirlo, puestos en la picota. Había que soportar todo aquello sin quejarse. Tras las piedras y el barro, aparecieron los puñales, y confieso que los vi sin miedo. Estos terribles tratos pueden ser soportados diez, veinte veces con resignación; pero llega un momento en el que el espíritu se rebela, el miedo a morir desaparece, y el exceso de exasperación hace desaparecer cualquier prudencia. Ese fue el efecto que produjo en mí aquella escena; cuando vi los puñales levantados contra nosotros, llevado por la desesperación, me acerqué para poder ser alcanzado más fácilmente, y, descubriendo mi pecho, grité: “¡Golpead, malditos, y acabad de una vez!”.

²⁷ No sabemos el nombre de este pueblo, pero podría tratarse de Zahínos, que se encuentra más o menos a esa distancia de Tálaga. En cuanto a la legua, Chalbrand aclara que “*una legua española equivale a seis kilómetros y trescientos cuarenta y nueve metros*” (Art. cit., p. 13).

²⁸ Como ya señalamos en nuestro artículo sobre las aventuras del capitán Chalbrand, (p. 1040, nota 6) son muy numerosas las referencias al Quijote en los textos de los viajeros franceses. Ver también, Francisco Vicente CALLE CALLE, “Alusiones al Quijote en los textos de algunos viajeros franceses por Extremadura”, en *Actas de los XXXVI Coloquios Históricos de Extremadura Extremadura celebrados en Trujillo del 19 al 25 de septiembre de 2005*, Indugrafic Artes Gráficas, Badajoz, 2006, pp. 115-125.

La mirada de Mario, la voz de Mahoma, la lira de Orfeo, que digo, il Bondocani, la varita mágica de Armida, la cabeza de Medusa²⁹, nunca produjeron un efecto más inmediato y más sorprendente que mis palabras y el gesto que las acompañó. Los villanos no cayeron de rodillas, es verdad; pero escondieron los puñales, cada uno dejó las piedras que nos tenían destinadas y se oyó al instante este grito generalizado: “¡Son cristianos! ¡Son cristianos! ¡Amigos, no hay que hacerles daño!”.

Extrañado por este cambio súbito, me pregunto la causa, y el orador de la banda me dice gravemente que todos los franceses eran judíos, herejes, brujos, o al menos pasaban por tales en España; pero que veían claramente que éramos cristianos e incluso católicos fervientes. “Sí, sin duda, esa es mi profesión de

²⁹ Según Plutarco en sus *Vidas paralelas*, tomo III, *Vida de Gayo Mario*, cuando éste se juntó con Cinna en el Senado, “Mario estaba separado de la silla sin responder palabra, mas se echaba claramente de ver en el ceño de su semblante y en la fiereza de su mirada que iba bien presto a llenar la ciudad de carnicería y de muertes”. Cf. http://www.imperivm.org/cont/textos/txt/plutarco_vidas-paralelas-tiii-mario.html; fecha de consulta 17/02/08. No olvidemos que Mahoma es considerado la voz de Alá; en algunos casos, como en la tragedia de Voltaire escrita en 1736, *Le Fanatisme ou Mahomet le prophète*, se dice que su voz “hace temblar a los fieles”. Cf. <http://www.areopage.net/Textes/Mahomet.htm>. Acto V, escena, IV. La lira de Orfeo: Orfeo era hijo de rey tracio Eagro y de la musa Calíope; fue el poeta y músico más famoso de todos los tiempos. Apolo le regaló una lira y las musas le enseñaron a tocarla de tal modo, que no sólo encantaba a las fieras, sino que los árboles y las rocas se movían de sus lugares para seguir el sonido de su música. Il Bondocani es el apodo que toma el califa de Bagdad Haroun Al Rachid cuando se disfraza de árabe del desierto para conquistar a la bella Darina, hija del Cadí de Bagdad. Para ayudarse en su empresa recurre a Chebib, un mercader venido a menos. Chebib, a pesar de pensar que Il Bondocani es un ladrón disfrazado, decide hablar con el Cadí. Éste lo recibe en un primer momento con gran indiferencia, pero cuando oye el nombre de Il Bondocani su actitud cambia radicalmente y al final le da la mano de su hija. Toda esta historia que ha sido transformada en varias ocasiones en ópera y en obra de teatro tiene su origen en un cuento popular árabe. Cf. *Some Account of the English Stage from the Restauration in 1660 to 1830*, vol. VII, London, 1832, p. 511. Armida es una hermosa maga del poema de Torcuato Tasso *Jerusalén liberada*. Entre sus muchos poderes tiene una varita mágica que es capaz de transformar físicamente a los hombres y someterlos a sus poderes. Ver, por ejemplo, Canto X, 66-ss, Torcuato TASSO, *Gerusalemme liberata*, Roma, 1996, Biblioteca Economica Newton, Classici, 88, p. 187. Este personaje también está en la base de numerosas óperas como una de Gluk mencionada por le propio S. Blaze (p. 35). Medusa era una de las Gorgonas. De su cabeza en lugar de cabellos salían serpientes, y tenía el poder de convertir en piedra cualquier ser vivo que mirara. Fue derrotada por Perseo.

fe; pero ¿quién se lo ha dicho?” -“*El signo que lleva*”. Era el escapulario de la bella Dolores que no me había quitado ni un momento desde mi partida de Aranjuez³⁰. Esta prueba de la amistad más tierna operó el prodigio, desarmó a nuestros asesinos y los sometió a nuestra voluntad, aunque procuraré evitar decir a nuestro poder:

*dicitur lenire tigres rabidosque leones*³¹

Los campesinos se apresuraron en reparar sus errores, teniendo hacia nosotros tanta consideración y complacencia: iban a buscarnos agua y paja:

Era mucho para nosotros, pero no era nada para ellos.

Este acontecimiento por sí mismo podría servir para dar a conocer *el carácter de los españoles* y los medios pérfidos empleados por el despotismo monacal a fin de excitar contra nosotros a un pueblo supersticioso y crédulo³². Por todas partes éramos acogidos con las mismas aclamaciones y los mismos transportes de odio y de furor, nuestra guardia estaba obligada a calar la bayoneta y a cargar las armas para protegernos de los puñales. Pero una vez pasado este primer momento, el pueblo volvía por sí mismo a sus sentimientos más humanos, sobre todo cuando se le hacía comprender que éramos católicos; nos hubieran ayudado más si no se lo hubieran impedido.

Descansamos en este pueblo. Al día siguiente se supo que entre los prisioneros franceses había médicos y cirujanos, que, además, eran católicos, y que por consiguiente no se servían para nada de piedras consteladas³³, de magia y de sortilegios para curar a los enfermos. Todos los incurables del lugar vinieron a confiarse a nuestros cuidados, hicimos muchas consultas que pagaron con agradecimientos, con bendiciones: esta moneda no era para nosotros de ningún valor.

³⁰ Este episodio del escapulario también aparece en el texto de Chalbrand, sin embargo a S. Blaze el escapulario se lo había dado Dolores, la bella sobrina de D. Ramón de Morillejos (p. 50), mientras que a Chalbrand se lo dio Doña Teresa, la mujer de D. Ramón (p. 79 de *Les Français en Espagne*).

³¹ Verso 393 de la *Epistola III ad Pisones (Arte poética)* de Horacio que hace referencia a Orfeo y al poder de su lira que amansaba los tigres y leones corajudos.

³² He aquí otro ejemplo más del anticlericalismo de S. Blaze. Ver al respecto la nota 21, p. 1050, de nuestro artículo “Aventuras y desventuras de un capitán francés...”.

³³ Según la astrología, piedra mágica bajo la influencia de una constelación o que lleva la forma de una de ellas.

Palacio nos retuvo en este pueblo, porque se divertía allí; había encontrado una sociedad agradable en casa de su anfitrión; el capitán, como caballero galante, imaginó dar un baile a las señoritas del lugar. Thillaye y yo fuimos llamados para formar una orquesta. En otras circunstancias hubiera rechazado la invitación de Palacio con el desprecio que se merecía; pero no siempre se puede tener amor propio. Seguimos al cabo que nos condujo hasta el alojamiento del capitán. Tres curas³⁴, el hijo de la casa, algunos viejos de ambos sexos, D. Palacio y cinco bellas señoritas componían esta reunión. El capitán abrió el baile y bailó el fandango con la más guapa. No veía más bailarines que Palacio y el hijo de la casa; me parecía difícil que se pudiera formar una contradanza a cuatro. No pensaba en absoluto en los curas que fueron los primeros en colocarse con sus bailarinas. Tengo que confesar que en este caso la esperanza de ser invitado a cenar fue el principal motivo que nos impulsó a los dos a hacer el oficio de violinista de pueblo. Esta idea ocupó agradablemente nuestra imaginación; acuciado por el hambre, el lobo sale del bosque; el hambre nos había conducido al baile.

Tocábamos como locos, y cada vez que una puerta se abría, nuestra vista dirigida hacia esa parte se apresuraba a volar tras los pasos de una sirvienta que habían enviado para ofrecer al menos naranjas, vino, galletas a la orquesta. Pero ¡preocupaciones inútiles! ¡Esperanzas engañosas! Jean se fue como había venido, el estómago a la española, es decir vacío, y, para colmo de males, no quedaba nada de rancho. Nuestros camaradas se lo habían comido, presumiendo que volveríamos suficientemente llenos. Tuvimos pues que extendernos sobre la paja sin poder contentar los deseos de nuestro órgano digestivo que el hambre y la fatiga del baile habían estropeado. Habíamos reído como locos viendo bailar a esas cabezas tonsuradas; era algo completamente nuevo para nosotros; las danzas de Provenza, los ballets de la Ópera nunca nos habían presentado figuras de esta especie. A cada cadena inglesa³⁵, me esperaba un *pax vobis*, y *Dominus vobiscum* me parecía que tenía que seguir naturalmente espalda con espalda.

³⁴ Otra vez el clero.

³⁵ El chico con la chica de en frente y viceversa.

Partimos el 5 de este pueblo, acompañados por los naturales del país que habíamos seducido; nos siguieron durante un cuarto de legua, dándonos mil bendiciones. Dormimos en *Oliva*; los curiosos vinieron a visitarnos como por en otros sitios; varios se mostraron honestos; no nos lanzaron piedras, y el cura del lugar merece una mención especial a causa de su conducta. Este digno pastor nos hizo traer vino, y se metió en las viñas del Señor bebiendo a la salud del rey Fernando, a la prosperidad de sus armas.

El escapulario de la amable Dolores nos había servido tan bien, que, desde entonces, lo había puesto a la vista, como se suele hacer en España. Por otra parte, estaba tan persuadido de que todo lo tocante a las prácticas religiosas y a los curas impone a los españoles, que cuando me preguntaban ¿de qué país es usted? Mi respuesta ordinaria era: “de los Estados Pontificios”. Si querían alguna explicación les decía que el Condado Vénaisin había pertenecido a su Santidad hasta la época de la revolución francesa. Esta manera hábil de llevar los espíritus a la calma, sin traicionar la verdad, a la vez que me ahoró numerosos bastonazos, me valió también en numerosas ocasiones algunos *¡Jesús qué lastima!*

Tras haber caminado toda la jornada por caminos horribles, con una lluvia glacial, llegamos a Fregenal a las nueve de la noche. “*¡Bien se ve que estamos en España!*” se apresuró a gritar nuestro alguacil jefe; en efecto la prisión estaba abierta, el rancho listo, un buen fuego brillaba en la habitación del carcelero, donde nos metieron. Palacio se había preocupado de anunciarnos, quería convencernos absolutamente de que los españoles eran mejor gente que los portugueses. Valen un poco más, sin duda; pero no mucho más. Esta singular preferencia me recordó un cuarteto improvisado que una dama había pedido al autor de *Cadet Roussel* y de *Madame Argot*³⁶. Formaba parte de una numerosa reunión, y ya todas las otras guapas habían sido objeto de los cumplidos rimados del improvisador; su verba parecía agotada, se había parado, y sin embargo la dama en cuestión no había tenido su parte de homenaje poético. Los reclamó; bien fuera por la rojez demasiado viva de su cara, bien por una

³⁶ Se trata de Gaspard de Chénu, (s. XVIII-XIX) personaje notable de Auxerre, autor de canciones satíricas, entre ellas las dos citadas por Blaze.

animosidad particular que habría indisputado al rimador, éste le respondió con estos versos impertinentes:

*Si se pudiera, por mucho oro,
A sus granos poner remedio,
Sería usted mucho menos fea,
Pero fea, lo seguiría siendo*³⁷.

Al día siguiente Palacio nos anunció que nos pararíamos quince días en Fregenal. Abrimos nuestros petates para secar los harapos que guardaban; el resto de la jornada lo empleamos en desembarazarnos de ciertos pequeños insectos cuyas mordeduras nos causaban bastantes molestias y dolores.

Ya he dicho que uno que se llamaba Perret formaba parte de nuestro convoy; este Perret había sido comerciante de anillos y sortijas de crin en el Palais Royal, en el Jardin des Plantes y en el Pont Neuf, en París. Aburrido de su oscuro oficio, y creyéndose destinado a las grandes aventuras, se enroló en el ejército de España, dejando a su mujer al cuidado de su pequeño comercio. Entró en servicio en calidad de enfermero mayor; con las protecciones debidas y la conducta³⁸, se había convertido en empleado de tercera clase en la administración de los hospitales.

El señor Perret había llevado una pacotilla de cerdas de todos los colores. Cuando supo que deberíamos estar quince días en Fregenal, se puso a hacer sortijas de crines que vendía a dos reales cada una, diez céntimos. Este pequeño beneficio diario lo ponía al abrigo de la necesidad. Yo no estaba celoso por sus ganancias, pero hubiera querido hacer el mismo comercio. Le rogué que me

³⁷ *Si l'on pouvait, pour beaucoup d'or
À vos boutons porter remède,
Vous en seriez beaucoup moins laide,
Mais vous seriez bien laide encore.*

³⁸ Esta nota aparece en el texto original de S. Blaze: "Los enfermeros mayores tienen la costumbre de rebuscar en los bolsillos de los muertos e incluso de los enfermos, para desembarazarles de su dinero. Cuando los enfermeros son bastante generosos para compartir estos despojos con su jefe, se llama a esto tener conducta (avoir de la conduite)".

diera lecciones; pero como el precio que me pedía estaba por encima de mis facultades financieras, decidí robarle su oficio, es decir, aprender viéndole trabajar. Hubiera aprendido sin dificultad; Perret viendo que no ganaría nada haciéndose el desdenoso, se decidió a darme el cuaderno que le servía de guía, al precio de 12 reales, 3 francos, y le pagué a ocho reales un puñado de crines variadas. Me puse manos a la obra al momento, e hice, como prueba, y como una especie de estudio, un anillo bastante grande que contenía las veinticuatro letras del alfabeto, y lo adorné con una red amarilla y roja.

Esta bonita obra de arte estaba casi acabada, cuando tres campesinas se presentaron para comprar anillos. Perret no tenía listo ninguno; me preguntaron si el que estaba acabando estaba a la venta. Tenía algunos escrúpulos de darles esta joya como si fuera un anillo con divisa; por otra parte no pensaba que hubiera nadie en el mundo con un dedo tan voluminoso para llenar la circunferencia. Las tres se lo probaron, y una de ellas tenía unos dedos tan gordos que el anillo le pareció algo pequeño, sin embargo se lo pudo poner. “Está muy bien, me dijo, cuál es el precio? -Señora ¿quizás no esté usted contenta? -¿Por qué? Porque la divisa está en francés. -Qué más da, no sé leer. Dígame solamente lo que significa en español. -Si usted quiere, le haré otro. -No, es éste el que quiero, además, no puedo volver. -Bien, señora, puesto que lo quiere a cualquier precio, significa en español: Amor para toda la vida. -Esta divisa me gusta mucho, ¿cuánto vale? -Dos reales. -Aquí están.” Salió con sus compañeras, tras habérmelos dado.

Cuando aquellas buenas mujeres se hubieron marchado, di rienda suelta a la risa que había estado aguantando hasta entonces: “¿Qué dice usted de mi habilidad, querido camarada? El oficio es excelente; no soy más que un pobre aprendiz, y ya he ganado mi jornal. La necesidad es la madre de la industria, me respondió Avril, sin embargo, quién hubiera pensado hace un año que nos veríamos obligados a hacer este oficio para vivir. ¡Ah! ¡Si mi madre me viera...!” Le interrumpí, rogándole que dejara sus reflexiones para la noche, y que aprovechara la claridad del día para trabajar.

Este primer éxito me dio tanta emulación, que, desde por la mañana hasta por la noche, estaba ocupado en trenzar crines. Nuestra tienda tenía cada día más clientes; la mercancía era vendida a medida que salía de las manos del obrero. No podíamos atender a los encargos que nos llegaban de todas partes; se enviaban las divisas, las medidas de los dedos; y, para satisfacción de todo el mundo, para expedir nuestras prácticas por rango de antigüedad, tuvimos que recurrir a un libro de comercio en el cada uno era registrado por fechas y por números.

Nuestro apartamento no se vaciaba. La fábrica de anillos era un nuevo pretexto para los curiosos que en Fregenal, como en otros sitios, venían en masa a nuestra prisión, nos cansaban con sus discursos impertinentes. Como conocía el motivo de la mayoría de las visitas que recibíamos, había tomado la determinación no prestar atención a nadie, y de escuchar en silencio todas las tonterías con las que nos agobiaban. Había que actuar así para no exponerse a algo peor.

Cierto día, distinguí entre la muchedumbre (...) a un hombre de alta estatura, delgado, con un rostro hermoso pero severo, bien vestido y cubierto por un abrigo marrón. Aquel hombre nos miraba con una atención especial; me parecía que tenía un aire hipócrita, y no dudaba de que venía también a insultarnos. Una imaginación herida cree ver siempre lo que teme o lo que desea; volví a mi trabajo. El hombre del abrigo permaneció mucho tiempo en la misma actitud sin que ninguno de nosotros se dignara a fijar sus ojos en él. Inmóvil como una estatua, no dijo nada mientras hubo otros españoles en nuestro apartamento, y se limitó a mirarnos con la misma atención. Por fin, cuando se quedó solo con nosotros, le oí pronunciar con una voz baja y triste estos dos versos de Ovidio:

*Donec eris felix, multos numerabilis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.
(Mientras se es feliz, se tienen muchos amigos;
Si el tiempo se vuelve tormentoso, uno se queda solo³⁹)*

Me levanté rápidamente y, dándole la mano con efusión, le dije: -"Señor, nunca he apreciado tanto la verdad de lo que acaba de decir que desde que estoy cautivo. Es realmente cierto que los desgraciados no tienen amigos". -"Todavía los tienen, me respondió este hombre generoso, pero temen darse a conocer. Si no he venido antes, es porque no me he atrevido". -"¡Que no se ha atrevido! Los que vienen aquí en todo momento para agobiarnos y ultrajarnos, han osado venir a vernos". -"Sin duda alguna, si hubiera tenido

³⁹ Ovidio, *Tristes*, 1, 9, 5.

las mismas intenciones que esos que me cuenta, y con los que parece confundirme, no hubiera temido nada el furor de un pueblo ciego por los prejuicios y el fanatismo. Conoce poco a los españoles, si no comparte mi opinión.

La guerra lleva consigo desgracias inevitables, pero se vuelve más terrible todavía, cuando la religión se convierte en el pretexto. Nuestros monjes y nuestros curas temen perder la influencia que ejercen desde hace muchísimo tiempo sobre el pueblo. Lo excitan contra ustedes, aguzan sus puñales y predicán el asesinato; los franceses son judíos, herejes, excomulgados, y serán condenados como todos aquellos que los frecuenten o les protejan: tal es la conclusión de todos sus sermones⁴⁰.

Por lo tanto debe comprender qué delicada y peligrosa es mi acción. Soy médico, y gozo en Fregenal de una excelente reputación. Todo el mundo me tiene en gran consideración, y estaría perdido, sin recurso alguno, si se tuviera la menor sospecha del motivo de mi visita. Lamento sus infortunios, y siento lo deplorable que es su situación, y aunque no puedo ayudarlos tanto como quisiera, contad, sin embargo, con el corazón de Bartolomé Velasco. A la espera de que pueda prestaros favores más importantes, aceptad, os lo ruego, la única ayuda que ahora está en mi mano”.

Y diciendo estas palabras, me presentó algunas monedas de plata. En cualquier otra circunstancia un ofrecimiento de esta naturaleza me hubiera parecido un insulto; pero juzgué a Velasco, no debía rechazarlas, y tendí mi mano sonrojándome. Él se dio cuenta, y porque mi amor propio no resultara herido, añadió: “Hágame dos sortijas, se las acabo de pagar por adelantado”. Se lo agradecí, alabándole por la delicadeza que ponía en sus favores. Aquel hombre admirable se marchó, mientras gruesas lágrimas caían de sus ojos; nos prometió que volvería al día siguiente. Si nuestra fábrica de sortijas atraía a los inoportunos cerca de nosotros, también favorecía a Velasco y servía de pretexto para las visitas de este ángel consolador. Su amistad tierna y conmovedora tenía un encanto especial para mi corazón; los momentos que pasé con él eran los únicos que suavizaban la amargura de mis aflicciones. Siempre

⁴⁰ Nuevo ejemplo de anticlericalismo.

prudente, Velasco sabía aprovechar el tiempo durante el que no éramos asaltados por la multitud insolente de curiosos.

Los malos tratos, los pesares, la fatiga, y sobre todo el hambre, ¡el hambre!, habían alterado bastante mi salud. No me había dado cuenta durante el camino, pues íbamos a toda velocidad, y los peligros que seguían nuestros pasos desde que salimos de Madrid nos fustigaban la sangre y apresuraban nuestra marcha. Pero, apenas tuve unos días de reposo, sentí los ataques violentos de la fiebre, que se declaró con los síntomas más alarmantes. Hice llamar a Velasco, que me prodigó los cuidados de un hermano y de un amigo. Venía a verme dos veces al día, y estaba bastante tiempo conmigo. Es necesario que dé a conocer todo el horror de mi posición, y, como los testigos que declaran contra un acusado, diré la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Amigo lector, si temes ver el horrible cuadro, la asquerosa imagen de las miserias humanas, evita leer las tres páginas siguientes.

Ya he dicho que nos habían alojado en el apartamento del carcelero; se entraba por la cocina, a continuación venía un cuchitril oscuro que llevaba a la habitación de nuestro guardián. Este cuchitril oscuro era nuestra porción; pero no éramos los únicos en ocuparlo, el carcelero tenía parientes y amigos que también dormían allí: su cuñado, tuerto y cojo, era el pregonero público; un mendigo ciego y su mujer, estos dos individuos se pasaban el día cantando canciones en las calles; otro pordiosero, camarada suyo, iba a veces con la banda y pasaba la noche con nosotros. Ésta era la amable sociedad que tuvimos que aceptar, y además estos ciudadanos pensaban que les teníamos que estar agradecidos de que nos permitieran compartir su tugurio. El mobiliario de esta negra habitación consistía en dos sillas cojas y un saco de paja medio vacío; era la cama del pregonero; los otros dormían sobre las baldosas, y nosotros también.

Heme aquí yaciendo por el suelo en medio de una tropa de pordioseros, cuya vecindad era más incómoda cuanto que estaban cubiertos de miseria. Las peticiones que hice por mediación del médico se limitaban a obtener una cama, o bien a ser llevado al hospital. Velasco rogó, suplicó; todo se lo rechazaron. Se suele tener lástima de un pobre enfermo acostado sobre paja, cuando no tiene como comida más que un insípido caldo, pan y agua. ¡Pero cuando reposa sobre el suelo! ¡Durante el invierno! ¡Y sin ni siquiera el insípido caldo! ¿No es mil veces más digno de piedad? Así es como estaba en Fregenal.

¿Me atrevería a pintar esta horrible situación? ¿Dónde encontraría expresiones bastante fuertes, bastante decentes, para describir el exceso de mi mise-

ria, sin herir sensibilidades, y sin escandalizar? Insectos devoradores me habían hecho una gran herida en el pecho. Durante todo el curso de esta larga y cruel enfermedad, permanecí acostado en la piedra, y por consiguiente vestido por completo. Abundantes sudores empapaban mis ropas, y ni siquiera podía cambiar la ropa de mi lecho; a los escalofríos les seguía un frío mortal ¡no tenía nada para cubrirme! Y, cuando una necesidad imperiosa me llegaba, no tenía ni tiempo ni fuerzas para levantarme, y mi pantalón lo recibía todo. Había que esperar con una paciencia sobrehumana y en medio de terribles angustias a que el acceso hubiera pasado. Entonces me arrastraba cerca del fuego, iba a recoger algunas chispas de vida, y cuando había recobrado el uso de mis facultades, me quitaba mi ropa, y, con un cuchillo... ¡no puedo pensar en ello sin estremecerme!

Quince días habían pasado desde nuestra llegada, y Palacio se preparaba para partir. Le rogué que esperara todavía y que me diera tiempo a restablecerme. Lo retrasó dos días, después de los cuales se me indicó la orden de partida. El capitán vino a verme después del último aplazamiento para animarme; me dijo que tenía a su disposición una montura para llevarme. -“No quedará ninguna guarnición en Fregenal cuando nos hayamos marchado”, añadió; -“No respondo de mis prisionero más que si están conmigo; si le dejo aquí, le expongo a ser degollado por el pueblo (...)”. Decía la verdad. Yo sabía muy bien que ésa era la suerte que me esperaba; pero estaba hundido, minado por la enfermedad; me era imposible ponerme de pie y dar un solo paso. Respondí a Palacio con mucha calma, que en tal estado de agotamiento no podría soportar la fatiga del viaje, y que no me quedaba más que caer y morir, y que me daba lo mismo morir en un calabozo que en medio del camino. El capitán me dejó sin insistir sobre cosas inútiles, y dijo al salir: “He aquí un hombre perdido”.

Tuve que separarme de mis buenos amigos, Avril y Thillaye. Había jurado no abandonarlos nunca. ¡Ah! ¡Qué separación más cruel! El deseo de seguirlos, la horrible desesperación en la que me dejaba su partida, me habrían dado fuerzas si hubiera podido encontrarlas en un cuerpo agotado por las fatigas, la miseria y la enfermedad.

Cuando se alejaron mis camaradas, quedé solo en la prisión, sin amigos, sin recursos, sin defensa, completamente abandonado en un país de bárbaros, expuesto cada día a ser asesinado por el primero que tuviera ganas de hacerlo. El generoso Velasco me traía consuelo; pero sus visitas eran demasiado cortas, y durante el resto del día no tenía más compañía que la del carcelero, su mujer y los mendigos que se acostaban cerca de mí.

Pasaba al lado del fuego todos los momentos que la fiebre me lo permitía. Domingo, que era el nombre del carcelero, tuvo sobre mí más autoridad, y me hablaba como un amo; estaba directamente bajo su guardia. Como estaba siempre sentado al lado de la chimenea, me hacía espumar su olla. Si quería regalar-se, me presentaba un trozo de tocino ensartado en el extremo de un pincho; Domingo me decía, dándome un gran golpe en la espalda: “Toma, da la vuelta a esto; ya me avisarás cuando esté hecho”. Sin murmurar, cogía el pincho, daba vueltas y más vueltas al trozo de tocino con una constancia admirable; lo miraba ahumarse deseándolo con la mirada, pero sin osar tocarlo. Cuando estaba asado, lo ponía en un plato para presentárselo al señor Domingo, quien lo comía sin ofrecerme nada.

Nuestra fábrica de sortijas había acostumbrado a las gentes del país a vernos, e incluso se habían familiarizado conmigo; aquello me daba una especie de seguridad. En cuanto me pude levantar, me puse de nuevo manos a la obra, y consagré a mi industria los momentos que me quedaban, después de haber cuidado la cocina del carcelero.

Atraídos por la fábrica de sortijas, los compradores venían siempre en masa a la prisión, y, desde que me habían quitado a mis compañeros de taller, no podía dar abasto en mi trabajo.

Un día, tres personas elegantes de la zona vinieron a encargarme varias sortijas; se habían presentado muy gentilmente, yo los recibí con el mismo trato, y les rogué que se sentaran. La conversación tuvo como tema en un primer momento la guerra, España, Francia; uno de los dos, D. Basilio, me preguntó de qué país era. “De los Estados del Papa, le respondí como a tantos otros”. Tuve entonces la idea de hacerme pasar por italiano, a causa de la preferencia que los españoles mostraban por esa razón. “¿Entonces, usted no es francés?” –No, señor. –¿Es usted de Roma? –No precisamente, sino de una ciudad vecina, y he sido educado en la capital del mundo cristiano por mi tío, que era secretario del cardinal Rufo. –¿Ha estado mucho tiempo en Roma? –Pero... si sólo hace dos años que me fui de allí. –¿Debe usted conocer bien la ciudad? –Mejor que mi pueblo. –¿Es bonita? –Soberbia, admirable. –¿Y la iglesia de San Pedro? –Magnífica. –¿El Capitolio? –De lo más bonito que hay en el mundo”.

Basilio me dirigió una infinidad de preguntas de este tipo sobre los monumentos de Roma, yo respondí siempre de una manera evasiva, y como alguien que nunca ha visto la más pequeña ciudad de Italia. De las preguntas generales, pasaba a los detalles, cuando me apresuré a interrumpirle, diciéndole-

le: “Les tendría entretenidos hasta mañana, sin poder darles una idea de la basílica de San Pedro; son cosas que no se pueden describir, es necesario ir a verlas; los relatos más fastuosos están todavía muy lejos de la realidad; por otra parte, no domino lo suficiente su lengua para expresarme claramente”.

Los tres jóvenes se dijeron unas palabras en voz baja, el orador D. Basilio se dirigió a mí: “Señor italiano, yo conozco una dama que tiene un gran deseo por aprender la lengua toscana; ¿podría rogarle, sin indiscreción, que le diera algunas lecciones? –Imposible, yo soy prisionero, esta dama no querrá venir aquí. –Yo me encargo de obtener del corregidor una autorización para que usted pueda ir a la villa. –Eso puede comprometerle, y me expondría a malos tratamientos. –Confíe en mí, le respondo que todo irá bien”. Yo me había liado, era imposible echarme atrás, tuve que decir que sí.

A la mañana siguiente, todavía no había espumado del todo la sopa cuando D. Basilio, provisto de un permiso del corregidor, vino a buscarme. Le seguí hasta la casa de una joven dama que me recibió muy bien; la saludé con un *Ave Maria*. Tras los cumplidos de rigor, me dijo que le gustaba mucho la lengua italiana, y que la suerte la había sonreído, al procurarle la ventaja de aprenderla de un romano. Me encontré en un extraño apuro, tenía que ser absolutamente romano, enseñar el italiano, o bien comportarme como un impostor. Sin embargo, no me desconcerté. Por suerte para mí, aquella alumna no tenía ningún conocimiento de italiano; incluso le era imposible encontrar en Fregenal una gramática y diccionarios: la completa ignorancia de la dama me tranquilizó del todo, y me decidí a enseñarle el provenzal, mi lengua materna, en vez del italiano, que era del todo desconocido para mí; y, para no perder más tiempo, quiso al instante recibir la primera lección.

Le dicté traducciones directas e inversas; sus progresos fueron rápidos. El francés, el italiano, el español, han tomado una infinidad de palabras del provenzal, que es la lengua más antigua y más rica de Europa meridional. Mi alumna encontraba a veces palabras que conocía, me hacía repetir a menudo las mismas frases, con la finalidad de coger el acento y la pronunciación. Nuestras primeras lecciones no eran más que conversaciones; le explicaba las palabras que me preguntaba, y el nombre de los objetos que estaban al alcance de nuestra vista. Sabía perfectamente que *una silla* significa *une chaise*; *los estrevedes*, *lés escarfio*; *unas parrillas* (sic), *une grazie*; *una mariposa*, *un parpaïoun*; *una berenjena*, *un viadazé*; etc.

Tanta inteligencia y tanta emulación habría convertido a la alumna tan sabia como su maestro, si la obligación de continuar mi camino no me hubiera

quitado mi cargo de profesor. Esta partida me evitó al menos las desagradables explicaciones que un solo libro italiano habría podido provocar⁴¹.

Convaleciente pero no curado del todo, no tenía suficientes fuerzas para caminar. *Mi amigo Velasco hizo todo lo que estuvo en su mano para retenerme en Fregenal; sus ruegos y gestiones no tuvieron ningún resultado satisfactorio. Los franceses se acercaban a la ciudad; me habrían liberado así como a otros seis prisioneros que, como yo, estaban enfermos⁴²; el 4 de febrero nos hicieron partir. El carcelero Domingo, un alguacil y cuatro campesinos formaban nuestra débil escolta*, no podría resistir a los furiosos que se presentaban siempre en mi imaginación con el cuchillo en la mano. Nuestra guardia debía renovarse en cada albergue, y ese cambio me exponía a ser insultado cada día por nuevos personajes.

Estaba extremadamente débil, y mis compañeros de infortunio y de viaje no parecían tener más vigor que yo. Estábamos completamente imposibilitados para dar un paso; nos colocaron a los seis prisioneros sobre tres burros. Velasco consiguió que tuviera uno sólo para mí, al principio me sentí halagado por este favor, que maldije a continuación. Cuando los cuadrúpedos pacíficos no iban a gusto de sus impacientes conductores, era sobre nosotros sobre quienes caía el bastón. Lamentaba entonces no poder compartir ni un momento con otro jinete aquella plaza de la que me había acordado el uso exclusivo. Habría recibido así la mitad de golpes. En vano ponía pie a tierra para evitar las estocadas, pues mis piernas se doblaban bajo mi cuerpo; al instante tenía que volver a montar sobre el borrico”.

⁴¹ Al final de su obra, S. Blaze coloca un pequeño aviso al lector en el que se puede leer lo que sigue: “Veinte años han pasado desde que profesé el italiano en Fregenal mientras enseñaba el provenzal a mi alumna. Desde entonces hubiera podido aprender dicha lengua, pero sigo siendo tan hábil al respecto como entonces. Músico y cantante he retenido las frases repetidas sin cesar en las partituras italianas y las he mezclado en mi relato antes de dar estas Memorias al público. He pensado que esta pequeña advertencia no estaría de más y que prevendría contra la especie de contradicción que existe en mi obra en las que las citas en italiano son escritas por una persona que no tiene ni idea de italiano. Yo mismo me he dado cuenta de ello al leer mi primer volumen, por lo que no es de extrañar que también lo advierta el lector” (volumen 2, p. 394).

⁴² También en el libro de Chalbrand se habla de seis prisioneros, sacados de no sé dónde, y, como yo, todavía enfermos, aunque no se especifica quiénes son.

Hasta aquí las aventuras de Sebastián Blaze en tierras extremeñas. Después de abandonar nuestra región seguirá hacia los pontones gaditanos pasando por Santa Olalla y San Lúcar de Barrameda. Permanecerá en varios pontones anclados en la bahía gaditana hasta el 26 de mayo de 1809, fecha en la que se evade. Desde Puerto Real irá a Sevilla. A partir de este momento, sus andanzas estarán unidas a los avatares de la guerra e, igual que el resto de su compañía, irá pasando por distintas ciudades en su huida de España: Granada, Chinchilla, Aranjuez, Madrid, Toledo, Burgos...

Sale de España el 24 de junio de 1813 tras la derrota del ejército francés en Vitoria.

Al llegar a Francia, se pierde en los Pirineos buscando su regimiento, la 7ª división. Tras encontrarla en el pueblo de Urrugne, se instala en una granja llamada Campo-Bayta, en la que pasará tres meses “aislado”, debido a que “no entendía el vasco”. Es aquí donde, entre el 24 de agosto y el 7 de septiembre, “con la ayuda de una pluma de ganso”, redactó sus *Memorias*, según cuenta en el tomo II, pp. 377-379 de las mismas. Nunca pensó en publicarlas pero, años más tarde, animado por su familia y por el editor Ladvocat se animó a corregirlas y darlas a conocer al gran público.

Ante el empuje de las tropas españolas, Sebastien Blaze dejará Campo-Bayta a finales de 1813, y, tras estar destinado en varias ciudades francesas, se licenció del ejército y regreso a su pueblo natal a mediados de 1814.